



## EL BANQUETE DE "M' HIJO EL DOTOR"

JUVENTUD, esperanzas, ideales! Los recuerdos de las primeras luchas, de las fecundas disensiones literarias, de las noches del antiguo Ateneo y de los ágapes de café, se precipitan confusamente en tropel a la memoria, y surgen las figuras de los que cumplieron una misión en la vida, los que se dejaron mecer por la existencia, los que se abandonaron y se perdieron, de aquella heteróclita falange... Ya había partido Rubén Darío, pero su siembra comenzaba a germinar. A su alrededor brotaba un mundo activo de anhelos, como bajo la sombra de la rosa propicio; y era una nueva floración de belleza que aparecía en una nueva primavera. Su enseñanza fué magnífica, porque consistía en la originalidad: "bufe el enuño", decía, "y cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho en cinta". Los nombres acuden a la pluma por cientos.

Así nació espontáneamente "La Siringa", que no fué nunca una sociedad, ni siquiera una agrupación. Sus miembros eran todos los que demostraban una personalidad capaz de mofarse de las autoridades y de construir una obra propia; concretaba sus sanciones simplemente con la burla de lo mediocre o el aplauso del talento. Nada escapaba a su acción. El Ateneo, institución de viejos profesores de literatura, ceñidos a su yugo por un endecasílabo demasiado largo, cayó bajo los golpes de risa de "La Siringa", después de un concierto ridículo en sus salones. Todo lo falso, todo lo ficticio e insincero provocaba un chiste sangriento, un soneto burlesco o un espinoso madrigal. Sus himnos eran el "Himno a Soussens" y el "Himno a Ludovico", dos canciones con letra de Rubén Darío. Tenían su vocabulario propio y su tecnicismo especial. Era un estado de espíritu más que un círculo.

Quando se anunció a mediados de 1903 que la compañía de Jerónimo Podestá habría de estrenar una obra de Florencio Sánchez, "La Siringa", en ejercicio de su acción, se dió a preparar un ambiente favorable, puesto que el autor era uno de los que habían probado el buen temple de sus armas demoliendo mentiras. Se necesitaba, ciertamente, poseer una alma valerosa para echarse a escribir un drama en tres actos con asunto nacional. Flaco, encorvado, cetrino, con los cabellos caídos sobre la languidez de

los ojos, él leyó a "La Siringa", en un escritorio de "El País", los originales de "M'hijo el doctor", y su voz aflautada y sorda mantuvo admirada y suspensa la atención de sus compañeros, en una visión de inmensos horizontes abiertos a la exploración futura.

El estreno se llevó a efecto en la Comedia, el 13 de agosto de 1903, y fué quizás el éxito más grande que recuerda nuestro teatro. La impresión general fué que de pronto se levantaba un hermoso intérprete del corazón argentino, un maravilloso pintor de almas, que así, en su primer ensayo, sacudía con la intensa emoción escénica el alma popular.

El triunfo para él fué doble, puesto que en la obra había puesto toda su ansia de renombre y toda la esperanza de su hogar. Necesitaba vencer, y la victoria llegó espléndida y total. "La Siringa" le ofreció primero el homenaje de regocijo en las íntimas reuniones de la madrugada y la demostración del aplauso en el famoso banquete celebrado el 21 de septiembre en un restaurante modestísimo de la calle Carabelas. El dijo a un amigo en aquella circunstancia: "Me dan de comer cuando ya tengo qué comer..." Pero no había ninguna amargura en el reproche, puesto que el fausto acontecimiento se preparaba precisamente en el sitio donde muchos ayunaron junto con él.

La fiesta resultó pantagruélica. El fondista, suntuoso, hizo empapelar una habitación del primer piso; José Ingenieros, Félix Lima y José Ojeda dispusieron la decoración floral, coronando el conjunto con una gran siringa de hojas y pétalos, y alrededor de la mesa exigua se sentaron, llenos de juventud, de esperanza y de ideales, Florencio Sánchez, Antonino Lambertí, José Ingenieros, Diego Fernández Espiro, Antonio Monteavaro, los que ya se fueron, Juan Pablo Echagüe, Ricardo Rojas, Alfredo López Prieto, Antonio de la Vega, L. Lasso de la Vega, Alberto Sánchez, Antonio Merlini, M. Barrantes Abascal, Diego Ortiz Grognet, Adolfo Rothkoff, Félix Lima, Manuel María Oliver y José Ojeda. Un fotógrafo de "El Gladiador" dejó la constancia gráfica que acompaña estas líneas.

"La Siringa" festejó en el banquete de "M'hijo el doctor" su primera gran batalla. Después... se acostumbró a triunfar...

